

Del crédito de fuera al crédito de dentro, o la venganza del capital ficticio.

Joaquín Arriola

La economía capitalista es una “economía de crédito”: todo el proceso de producción se hace a crédito; los bancos o los inversores financieros conceden crédito a las empresas para adquirir los bienes de capital necesarios para la producción; los trabajadores le conceden crédito al empresario, que no les paga sino al final de periodo laboral, normalmente un mes. Esos mismos trabajadores adquieren a crédito los bienes de consumo de larga duración, e incluso los productos más básicos. Los procesos de centralización del capital, genéticamente inscritos en la acumulación capitalista, también se financian a crédito.

Pero como la creación de crédito es una iniciativa privada, habitualmente en las épocas de expansión del ciclo se genera más crédito del que se requiere para realizar la valorización del capital, y el excedente se utiliza para inflar artificialmente el precio de los activos financieros (acciones, títulos de propiedad etc.), lo que Marx denominaba “capital ficticio”. Las propias contradicciones del sistema generan un cambio de tendencia en el ciclo económico. Cuando esto ocurre, el crédito se corta de golpe, y se produce una masiva depreciación de los activos, que termina afectando también a los activos reales. La desaparición de una parte del capital productivo – y de gran parte del capital ficticio– hace que los precios retornan a niveles en línea con los valores reales, y el ciclo expansivo de la acumulación se retoma. Por lo tanto, la profundidad de la crisis o recesión depende sobre todo de dos factores: a) el nivel que haya alcanzado la sobreproducción de capital y b) la distancia entre los precios de mercado y los valores reales de los activos. Ambos factores parece que han sido muy elevado en la actual coyuntura mundial, y por eso el batacazo es muy fuerte.

En el caso de España, además se ha aprovechado el disponer de una moneda respaldada por una de las principales potencias exportadoras del mundo (Alemania) para apuntarse al sistema de consumir a crédito en un volumen mayor que el de cualquier otro país del mundo (más incluso que en Estados Unidos o Gran Bretaña). Hasta el año 2000, el déficit comercial español era inferior al de países como Gran Bretaña, Nueva Zelanda, Portugal, Polonia, México o Turquía, con un valor medio de unos 8 mil millones de dólares al año. En el año 2000, se elevó a más de 23 mil millones de dólares, y el año pasado superó los 150 mil millones de dólares. Desde la puesta en marcha del euro, los ciudadanos españoles hemos consumido a crédito del extranjero

por importe de más de medio billón de dólares corrientes, es decir más del 6% de nuestro PIB (el doble que Estados Unidos). Al menos dos millones de empleos dependen directamente de esta línea de crédito exterior, que algunos consideraban inagotable.

Esta excesiva disponibilidad de capital de crédito se ha traducido en un consumismo desenfrenado se ha podido mantener porque pagamos con euros, es decir, la moneda de Alemania, tercer gran exportador mundial, pues de haber seguido con la peseta, el dólar cotizaría ahora a no menos de doscientas pelas, y el ajuste consiguiente nos hubiera librado hace años por ejemplo de miles de kilómetros cuadrados del cemento que inunda nuestras tierras urbanas, urbanizables y en lista de espera para sucumbir al empuje del ladrillo, aparte de otras cosas más apetecibles, como la orgía de vehículos de gran cilindrada importados, varios centenares de miles de puestos de trabajo, o una parte sustancial de los inmigrantes que contribuyen a sanear las cuentas de la seguridad social española.

En 2007 ese crédito lo otorgaron los inversores internacionales, en forma de más de 100 mil millones de euros de inversiones netas en cartera (capital de corto plazo). Pero en 2008 esta fuente se ha secado, y las entradas de capital de corto plazo se han reducido hasta poco más de 10 mil millones, lo que está obligando a aumentar el crédito comercial y los préstamos de corto plazo (más caros) y a tirar de las reservas del Banco de España (reducidas en más de 30 mil millones de euros en los dos últimos años), para intentar cuadrar las cuentas exteriores, lo que se está demostrado harto complicado.

Por lo tanto, y este es el dato nuevo en el funcionamiento de la economía española, no hay crédito exterior. Y ante esta situación, solo hay dos alternativas: o dejar desaparecer esos dos millones o más de empleos, al mismo tiempo que se produce la masiva devaluación del capital, o encontrar una fuente alternativa de crédito en el interior de la economía española que permita compensar al menos parcialmente la dinámica del ciclo económico. Ello requiere sustituir el endeudamiento exterior por deuda pública.

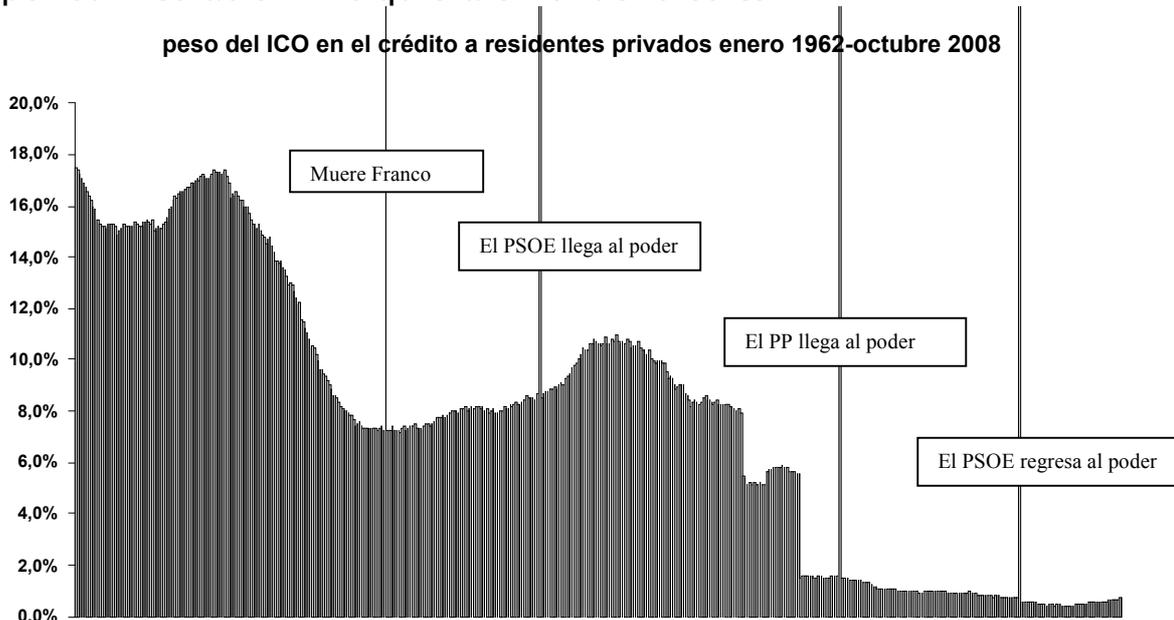
Esto es lo que dice el gobierno que está intentado, pero para ello ha inventado un procedimiento harto curioso: por un lado, le da dinero a las entidades de crédito para que dinamicen la actividad económica (50 mil millones de euros para que el estado adquiera activos financieros y sanear el activo de las entidades, 100 mil millones en avales del Estado para que bancos y cajas intenten conseguir financiación del mercado).

Pero por otro lado, atrapado en la ideología neoliberal del equilibrio presupuestario, el gobierno le solicita a esas mismas

entidades, directamente y a través de los fondos de inversión que gestionan, que adquieran títulos de deuda del estado para cubrir el déficit fiscal en el que incurre el estado para financiar esas ayudas. Con lo cual, lo que da con una mano, lo quita con la otra, y por lo demás, todo es quejarse de que las entidades de crédito no financian suficientemente la producción y el consumo de largo plazo de empresas y familias. ¿Y porqué iban a hacerlo, si el gobierno les ofrece una inversión sin riesgos y rentabilidad en alza, en un momento en que las entidades financieras huyen del riesgo como gato escaldado del agua fría?

En realidad, los bancos están aprovechando el aumento de la oferta de deuda pública para reestructurar sus fondos de inversión hacia otros de menor riesgo, a fin de dar garantías a sus clientes, que tampoco están para seguir apostando a la ruleta del alto riesgo/alta rentabilidad, después de la que ha caído. Y necesitando modificar la composición de su activo, cargado de títulos y valores inmobiliarios en proceso de depreciación acelerada, los títulos de deuda pública se convierten en un valor refugio inmejorable.

La cosa podría funcionar si el gobierno tuviera capacidad para otorgar directamente el crédito a las empresas y familias. Pero esta es una posibilidad que fue suprimida del catálogo por los gobiernos de Felipe González, el cual recibió de la UCD un Instituto de Crédito Oficial que otorgaba más del 9% del crédito nacional y se lo entregó al PP convertido en una entidad raquítica, que apenas gestionaba un 1,5% del crédito doméstico. Los liberal-conservadores de antaño y los social-liberales de hogaño, no han hecho otra cosa que mantener en la marginalidad al ICO, institución ahora incapaz de llevar a cabo la tarea que la banca privada se niega a asumir. Ya que el gobierno actual no gestiona por su mediación ni siquiera el 1% del crédito.



Fuente: Banco de España y elaboración propia

También podría el gobierno nacionalizar algunas entidades con problemas y gestionar desde ellas el crédito al sector productivo, como han hecho sin ir más lejos sus compañeros de ideología en Gran Bretaña. Pero eso sería una decisión inaceptable para su principal valedor dentro del el sistema financiero español, de todos conocidos y cuyo nombre podemos obviar porque seguro que todos los lectores saben de quien hablamos. Por otro lado, aunque el gobierno reconoce haber autorizado la adquisición de participaciones preferentes y cuotas participativas en entidades de crédito, no hay un fondo comprometido, y parece que se plantea más como otra medida de ayuda con dinero público al saneamiento de entidades de crédito privadas, que como un intento de socializar la gestión del crédito, que eso sí sería una alternativa de calado.

Más de la mitad de los depósitos de los españoles están en entidades públicas, las Cajas de Ahorro, que teóricamente podrían ser un buen instrumento para canalizar vía decreto el dinero de los ciudadanos recolectado por el gobierno, hacia la inversión productiva... si no fuera porque, en otra demostración de la ineficiencia del sistema post-feudal en que va camino de convertirse la administración pública española, cada caja es un reino de taifas al servicios de los poderes fácticos locales, buenas para ejercer de Don Tancredo, pero poco dadas a innovaciones y riesgos y por supuesto sin ninguna capacidad de actuar en conjunto y menos coordinadas por una autoridad central.

Tampoco vale de nada quejarse de que un buen gobierno debería haber previsto que todo lo que sube rápido, la palma de golpe, y aprovechar los años de dinero fácil para establecer un sistema fiscal moderno, capaz de reducir las bolsas de fraude y dinero negro, y de recaudar lo suficiente para desarrollar un sistema de gasto público que cubriera todos los déficits que tiene la sociedad española y fuera capaz de controlar la inflación de precios en los activos financieros e inmobiliarios. Por el contrario, los sucesivos gobiernos liberales de uno y otro partido se han dedicado a desfiscalizar la inversión financiera y a facilitar el descontrol inmobiliario.

Y ahora no cabe dar marcha atrás, porque la coyuntura no lo permite. Como mucho, el gobierno puede mendigar a los poseedores de los maletines llenos de billetes de 500 euros que los coloquen en deuda pública, promoviendo de paso algún tipo de amnistía fiscal y jurídica. Eso podría descargar en parte a las entidades de crédito de la necesidad de comprar los títulos de deuda, y canalizar algo más del dinero puesto a su disposición al

crédito a la sociedad, y algo menos a su propio saneamiento. Y poco más. Porque las alternativas a los problemas de coyuntura, que requieren actuar rápido en el corto plazo, se reducen cuando en el largo plazo se ha ido desmontando las estructuras de intervención del estado, en materia fiscal, de crédito, de recursos humanos y de capacidad de gestión. Y lo que quedaba, se ha troceado a mayor gloria de las nuevas élites de provincias. Todo el poder al mercado ha demostrado ser una pésima receta, y lo malo es que al final, la intoxicación especulativa la van a purgar los de siempre.

[621] Mientras el proceso de reproducción se mantiene en marcha y, por tanto, se halla asegurado el reflujo del capital, este crédito dura y se extiende, y su extensión se basa en la extensión del mismo proceso de reproducción. Tan pronto como se produce una paralización porque se dilate el reflujo del capital, se abarrotan los mercados o bajen los precios, se producirá una plétora de capital industrial, pero bajo una forma que le impedirá cumplir sus funciones. Habrá una masa de capital-mercancías, pero invendible. Una masa de capital fijo, pero ociosa en gran parte por el estancamiento de la reproducción. El crédito se restringirá 1º porque este capital permanecerá inactivo, es decir, paralizado en sus fases de reproducción, ya que no podrá consumir su metamorfosis; 2º porque se quebrantará [622] la confianza en la fluidez del proceso de reproducción; 3º porque disminuirá la demanda de este crédito comercial. El fabricante de hilados que restringe su producción y tiene en sus almacenes una masa de hilados invendible no necesita comprar a crédito algodón; el comerciante no necesita seguir comprando mercancías a crédito, porque tiene ya más de las que puede vender.

Por consiguiente, al verse entorpecida esta expansión o, simplemente, la tensión normal del proceso de reproducción, se produce también una escasez de crédito; resulta difícil obtener a crédito mercancías. La exigencia del pago al contado y las precauciones en las ventas a crédito son, especialmente, características de aquella fase del ciclo industrial que sigue a los cracks. En plena crisis, cuando todo el mundo tiene que vender y no puede y, sin embargo, necesita vender para poder pagar, es cuando mayor es la masa no del capital inactivo que necesita colocarse, sino del capital entorpecido en su proceso de reproducción, aunque la escasez de crédito sea, en estos casos, mayor que nunca (y, por tanto, más alto el tipo de descuento en el

crédito bancario). El capital ya invertido se halla en estos casos, realmente, inactivo, en grandes masas, pues el proceso de reproducción se paraliza. Las fábricas dejan de funcionar, las materias primas se acumulan, los productos terminados se amontonan como mercancías en el mercado. No hay, pues, nada más falso que atribuir a estas situaciones una escasez de capital productivo. Existe, por el contrario, una plétora de capital productivo, en parte con respecto a la medida normal, pero actualmente restringida de la reproducción, y en parte con respecto al consumo paralizado.

Supongamos que toda la sociedad esté formada simplemente por capitalistas industriales y obreros asalariados. Prescindamos asimismo de los cambios de precios, que impiden a grandes porciones del capital total de la sociedad reponerse en sus proporciones medias y que, dada la trabazón general de todo el proceso de reproducción, tal como se desarrolla gracias al crédito, tiene necesariamente que provocar siempre paralizaciones generales transitorias. Prescindamos también de los negocios ficticios y de las operaciones especulativas, que el sistema de crédito estimula. En estas condiciones, las crisis sólo podrían explicarse por una [623] desproporción entre las diversas ramas de la producción y por la desproporción entre el consumo de los capitalistas mismos y su acumulación. Pero, tal como se plantean en realidad las cosas, la reposición de los capitales invertidos en la producción depende en gran parte de la capacidad de consumo de las clases no productivas, mientras que la capacidad de consumo de los obreros se halla limitada en parte por las leyes del salario y en parte por el hecho de que estas leyes sólo se aplican en la medida en que su aplicación sea beneficiosa para la clase capitalista. La razón última de toda verdadera crisis es siempre la pobreza y la capacidad restringida de consumo de las masas, con las que contrasta la tendencia de la producción capitalista a desarrollar las fuerzas productivas como si no tuviesen más límite que la capacidad absoluta de consumo de la sociedad.

Sólo en un caso puede hablarse de una escasez real de capital productivo, por lo menos en las naciones capitalistamente desarrolladas: en caso de malas cosechas generales, ya se trate de los medios fundamentales de alimentación o bien de las materias primas más importantes para la industria.

(...)

[628]Una expansión del capital-dinero producida por el hecho de que, a consecuencia de la difusión del sistema bancario (véase más abajo el ejemplo de Ipswich, donde en el curso de pocos años inmediatamente anteriores a 1857 se cuadruplicaron los

depósitos de los arrendatarios), lo que antes era tesoro privado o reserva monetaria se convierte siempre en capital de préstamo durante un determinado tiempo, no expresa un aumento de los depósitos en los bancos por acciones de Londres, tan pronto como éstos empiezan a abonar intereses por los depósitos. Mientras la escala de producción permanece invariable, la expansión sólo determina la abundancia del capital-dinero susceptible de ser prestado con respecto al capital productivo. De aquí el tipo bajo de interés.

Cuando el proceso de reproducción vuelve a alcanzar el nivel de prosperidad que precede al exceso de tensión, el crédito comercial logra una extensión muy grande, que vuelve a tener luego, en realidad, la base “sólida” de un reflujo fácil de conseguir y de una extensa producción. En situaciones así, el tipo de interés sigue siendo bajo, aun cuando resulte superior al mínimo. Es éste, en efecto, el único momento en que puede, decirse que el tipo bajo de interés y, por tanto, la relativa abundancia del capital prestable coinciden con una extensión relativa del capital industrial. La facilidad y la regularidad del reflujo, combinadas con un crédito comercial extenso, aseguran la oferta de capital de préstamo a pesar del aumento de la demanda e impiden que suba el nivel del tipo de interés. Por otra parte, es precisamente en estos momentos cuando aparecen en escena en un grado ostensible los caballeros que operan sin capital de reserva o sin capital de ninguna clase y, por tanto, basándose exclusivamente en el crédito monetario. Y a esto se añade, además, la gran extensión del capital fijo bajo todas sus formas y la iniciación en masa de nuevas empresas de gran alcance. El interés asciende ahora a su nivel medio. Y vuelve a alcanzar su nivel máximo tan pronto como estalla la nueva crisis; desaparece repentinamente el crédito, se estancan los pagos, se paraliza el proceso de reproducción y, con las excepciones indicadas más arriba, se produce al lado de una falta casi absoluta de capital de préstamo una plétora de capital industrial inactivo.

[629]Por consiguiente, el movimiento del capital de préstamo, tal como se refleja en el tipo de interés, discurre en conjunto en dirección inversa a la del capital industrial. La fase en que el tipo bajo de interés, pero superior al mínimo, coincide con el “alivio” y la creciente confianza que se producen después de la crisis, y especialmente, la fase en que alcanza su nivel medio, el punto central, equidistante de su mínimo y de su máximo, son los únicos momentos que expresan la coincidencia de la abundancia de capital de préstamo con la gran expansión del capital industrial. Pero, al iniciarse el ciclo industrial, el tipo bajo de interés coincide con la contracción, y al final del ciclo el tipo

elevado de interés coincide con la superabundancia de capital industrial. El tipo de interés que acompaña al “alivio” expresa el hecho de que el crédito comercial sólo necesita en una medida muy pequeña del crédito bancario, pues puede desenvolverse todavía por sus propios medios.

La característica de este ciclo industrial es que el mismo ciclo, una vez dado el primer impulso, no tiene más remedio que reproducirse periódicamente.³ Al ceder la tensión, la producción cae por debajo de la fase alcanzada en el ciclo anterior y para la que [630]ahora existe la base técnica. En los tiempos de prosperidad –del período intermedio–, sigue desarrollándose sobre esta base. En el período de superproducción y especulación, pone en tensión hasta el máximo las fuerzas productivas hasta rebasar con mucho los límites capitalistas del proceso de producción.

La escasez de medios de Pago que se produce en el período de crisis es algo que se comprende por sí mismo. La convertibilidad de las letras de cambio sustituye a la metamorfosis directa de las mercancías, tanto más cuanto que precisamente en estos períodos aumenta el número de las casas comerciales que trabaja simplemente a crédito. Y una legislación bancaria ignorante y al revés, como la de 1844-45, puede contribuir a acentuar todavía más la crisis.

En un sistema de producción en que toda la trama del proceso de reproducción descansa sobre el crédito, cuando éste cesa repentinamente y sólo se admiten los pagos al contado, tiene que producirse inmediatamente una crisis, una demanda violenta y en tropel de medios de pago. Por eso, a primera vista, la crisis aparece como una simple crisis de crédito y de dinero. Y en realidad, sólo se trata de la convertibilidad de las letras de cambio en dinero. Pero estas letras representan en su mayoría compras y ventas reales, las cuales, al sentir la necesidad de extenderse ampliamente, acaban sirviendo de base a toda la crisis. Pero, al lado de esto, hay una masa inmensa de estas letras que sólo representan negocios de especulación, que ahora se ponen al desnudo y explotan como pompas de jabón; además, especulaciones montadas sobre capitales ajenos, pero [631]fracasadas; finalmente, capitales-mercancías depreciadas o incluso invendibles o un reflujó de capital ya irrealizable. Y todo este sistema artificial de extensión violenta del proceso de reproducción no puede remediarse, naturalmente, por el hecho de que un banco, el Banco de Inglaterra, por ejemplo, entregue a los especuladores, con sus billetes, el capital que les falta y compre todas las mercancías depreciadas por sus antiguos valores nominales. Por lo demás, aquí todo aparece al revés, pues en este

mundo hecho de papel no se revelan nunca el precio real y sus factores, sino solamente barras, dinero metálico, billetes de banco, letras de cambio, títulos y valores. Y esta inversión se pone de manifiesto sobre todo en los centros de que se condensa todo el negocio de dinero del país, como ocurre en Londres; todo el proceso aparece como algo inexplicable, menos ya en los centros mismos de producción.

Karl Marx, El Capital, tomo III, sección .5, capítulo XXX